

Año: IV, Septiembre 1963 No. 66

DIRIGISMO

Por FAUSTO BALLVE

Tomado de Espejo. Noviembre 15, 1960. Publicación del Instituto de Investigaciones Sociales y Económicas, A. C. México.

N. D. Del magnífico libro del doctor Faustino Ballve «Diez lecciones de Economía», presentamos uno de sus capítulos, que por su claridad, veracidad y elocuencia, creemos necesario llevarlo de nuevo a nuestros lectores.

Abarca los aspectos principales que encierra el concepto «dirigismo», como la planeación, la distribución de la riqueza, el control de cambios, etc., demostrando su falsedad y sus peligros una vez más.

«El dirigismo es, pues, absolutamente insostenible teóricamente; pero, además, no obstante el gran predicamento que aún conserva, sobre todo en los países económicamente menos importantes (mientras que los que lo crearon, como Alemania, Inglaterra, Francia y Estados Unidos se van apartando de él) su quiebra material no puede hacerse esperar».

Durante la guerra de 1914-18, los gobiernos de los países beligerantes y de algunos países neutrales reclamaron de sus parlamentos facultades para intervenir en la vida económica. Las justificaban por los secretos militares, por las prioridades que la guerra exigía y, en los países neutrales, por la necesidad de parar en seco los golpes que el huracán bélico daba a la vida económica normal, produciendo escasez y carestía. Terminada la guerra vino la normalización con sus problemas y luego vinieron las crisis.

Las aguas no querían volver a sus cauces pacíficos y entonces apareció en Alemania la palabra «**Planwirtschaft**». Olvidando el origen de todo aquel desorden, se dijo que la economía moderna era demasiado complicada para andar sola: era preciso que los «sabios» trazaran planes y que los gobiernos los aplicaran. Sabios no faltaron; tampoco gobiernos deseosos de ampliar su esfera de poder, ni burócratas que especularan sobre las posibilidades de un trabajo tranquilo y bien remunerado en las nuevas oficinas que exigían la intervención económica gubernamental. Surgió una catarata de libros sobre la **economía dirigida** o la **planeación económica** (el Fondo de Cultura Económica de México ha publicado en castellano los más conocidos). Roosevelt ensayó en Estados Unidos, con resultados absolutamente espectaculares y engañosos, el **New Deal**. (Ver los libros, The Aspirin Age, de Isabel Leighton, y The Roosevelt Myth, de John T. Flynn). Lord Keynes lanzó su **Teoría General de la Ocupación**, el Interés y el Dinero, las escuelas de economía fabricaron a todo vapor generaciones de economistas pedantes que vieron el cielo abierto en la sin cesar creciente administración pública, y el mundo se inundó por el «dirigismo», epidemia que recuerda la pavorosa gripe española que también siguió a la Primera Guerra Mundial.

DEBILIDADES DE LA ECONOMÍA LIBRE

«Los «dirigistas» o «planeadores», según dicen ellos, quieren salvar la economía libre, aun cuando de hecho son, como ha demostrado Federico Hayek en su famoso Camino de

Servidumbre (publicado ya en varios idiomas), las Celestinas del comunismo, aun sin darse cuenta muchos de ellos. Su propósito, según palabras de W. A. Lewis (La planeación económica) es remediar las debilidades de la economía de libre empresa que dizque consisten en la falta de movilidad de los recursos, la injusta distribución de la riqueza y la incapacidad para hacer frente al comercio internacional. Los remedios que proponen para remediar estas «debilidades» son, en resumen, los impuestos y los subsidios, la intervención en los salarios y en los precios, el control de la moneda y el control del comercio internacional».

La supuesta falta de movilidad de los recursos se quiere corregir con los impuestos sobre el **dinero ocioso**, o sea, el que no va al mercado, y con los subsidios a las **industrias necesarias**. Lo primero es el sistema keynesiano y lo segundo es la política **expansionista**. Lo que se consigue forzando a la gente a comprar, es hacer subir los precios de las mercancías y hacer la vida más cara, porque si va más dinero al mercado y al mismo tiempo no van más mercancías, éstas suben de precio. Por otra parte, el dinero que va al mercado no va a la inversión: no construye habitaciones, ni aumenta las instalaciones industriales, cosas ambas que son condiciones de un aumento del nivel de vida. Para que mejore el bienestar de la gente, lo que se necesita no es llevar más dinero al mercado, sino que haya más comodidades que se puedan comprar con el mismo dinero y aun con menos, si ello es posible. Por eso se quiere completar esta medida impulsando la producción. No se cae en la cuenta de que el mejor modo de impulsarla es dar aliciente al dinero para que vaya a ella y no al mercado; lo que se hace es lo contrario. Y entonces, a falta de dinero privado, hay que dar a la producción dinero público. Es decir: en vez de canalizar hacia la producción el dinero del que lo tiene, se le da a la producción el dinero público que, al fin y al cabo, es, a su vez, el dinero de los consumidores, los cuales, con esta política combinada, pierden dos veces: por la carestía y por el impuesto destinado a los subsidios a las industrias. Y cuando los impuestos a cargo de los consumidores no producen bastante, entonces se recurre a la inflación expansionista; usa nueva carga para el consumidor, porque hace valer menos su dinero. En fin de cuentas, el dinero que se quiso apartar del ahorro inversionista y llevar al mercado, llega de todos modos a la inversión y no va al mercado, porque se lo llevan los impuestos y la inflación; pero no va por los cauces naturales, sino a través del gobierno, al cual se dan facultades discretionales para disponer de la propiedad privada y dirigir prácticamente la producción, según planes inspirados por utopías económicas o, lo que es peor y no poco frecuente, por intereses de grupo. Ya no se produce lo que el consumidor pide, sino lo que el gobierno quiere y el consumidor se ve privado de su derecho de elección, es decir, de su libertad que la Constitución asegura, pero que el gobierno quita para sustituirla por la tutela.

INJUSTA DISTRIBUCIÓN DE LA RIQUEZA

Viene ahora la llamada injusta distribución de la riqueza. Esta distribución supuestamente injusta se quiere corregir, ya por la vía impositiva, ya por la intervención en los salarios y los precios.

La intervención estatal en materia de impuestos, es de carácter correctivo o de carácter confiscatorio. Respecto de la primera, dice el citado profesor Lewis que, en Inglaterra, el 20 por ciento de la renta nacional va al 2 por ciento de la población, y que esto es excesivo y hay que quitar a esta minoría, por medio del impuesto, la mitad de sus ingresos. No tiene en cuenta tres cosas: 1. Que estos llamados privilegiados son también los que pagan la

mayoría de los impuestos sin necesidad de impuestos especiales. 2. Que la mayor parte de lo que ganan no lo consumen porque la capacidad de consumo de una persona o una familia, por despilfarradora y extravagante que sea (en cuyo caso, según Keynes, hace un bien a la sociedad porque lleva su dinero al mercado) es limitada. Sus ganancias van principalmente a la inversión: a la construcción de habitaciones y a la producción de bienes y servicios de los que se beneficia la comunidad que ve mejorado y abaratado su nivel de vida. 3. Que la **redistribución** de este excedente no significaría ventaja apreciable para el que gana poco (apenas un 10 por ciento), y en cambio, el dinero distribuido iría al mercado a encarecer los precios y se sustraería a la inversión, con lo cual escasearían aún más las mercaderías y subirían más los precios.

REDISTRIBUCIÓN Y CONFISCACIÓN

Sin embargo, Lewis y sus correligionarios no se contentan con ello y proponen la confiscación de los capitales. Quieren sustraer el capital privado, por medio de estas confiscaciones, a la economía y entregarlo al gobierno. Y ¿qué hará el gobierno con el dinero? No puede hacer más que una de estas dos cosas: o gastarlo en forma improductiva (aumento de la burocracia y de la policía, obras públicas de fantasía), en cuyo caso la producción se estanca en relación con el aumento de la población y el nivel de vida baja, o bien emplearlo en la producción directamente o por medio de organizaciones llamadas descentralizadas, lo cual, prácticamente, es el socialismo, que es precisamente lo que los dirigistas pretenden querer evitar con sus medios correctivos de las «debilidades de la economía libre».

Dentro de esta línea redistributiva y «para que los pobres no sufran tanto», proponen los dirigistas el control de los precios y de los salarios, pero no de todos, porque esto sería el socialismo que según ellos quieren evitar. Hay a veces artículos de consumo necesario que resultan demasiado caros para los pobres y hay que fijarles precios bajos obligatorios. Pero esto, que es tan simpático en teoría, resulta imposible en la práctica. Ningún productor estará dispuesto a sostener una producción incosteable, porque las cosas no son caras por capricho del productor la libre competencia cuida de evitarlo, sino por su costo. Si se fijan por el gobierno precios incosteables, el productor, o dejará de producir o habrá que subsidiarlo. Y como los subsidios los paga el gobierno con el dinero del contribuyente, resulta que lo que el consumidor ahorra en el precio lo paga en el impuesto. Por otra parte, el abaratamiento de un producto invita al despilfarro y entonces se impone el racionamiento. Pero éste tampoco resuelve el problema. Cuando hay racionamiento todo el mundo toma su ración íntegra aun cuando no la necesite, y la revende en el mercado negro o la emplea para fines inferiores, como alimentar el ganado con el pan del racionamiento de las personas. En Francia, cuando terminó la última guerra, se suprimió el racionamiento del pan y el gobierno tuvo la sorpresa de ver que, en régimen de mercado libre, los franceses consumían menos pan que en régimen de racionamiento.

CONTROL DE SALARIOS Y PRECIOS

Menos factible resulta la fijación de los salarios. Ya reconoce, por ejemplo Lewis, que un aumento general de los salarios es inútil, porque fatalmente da lugar al mismo aumento de los precios. Insiste, sin embargo, en aumentos de salarios en casos determinados en que esos salarios son demasiado bajos. Pero cuando esto sucede es, precisamente, porque los precios del mercado no permiten salarios más altos, porque se trata generalmente de

mercancías que abundan en el mercado. Si se suben los salarios, la producción resulta incosteable, desaparece la industria en cuestión, el mercado queda desprovisto de esta mercancía, los obreros que la producían se quedan sin trabajo y van a competir con sus compañeros de otras industrias, abatiendo en ellas el tipo de salario.

Del control de la moneda en general no hablaremos aquí. Pero hay una forma especial de control de la moneda: **el control de cambios**, que prácticamente no es más que un aspecto del control del comercio internacional.

El control del comercio internacional y de los cambios es una característica común de las corrientes nacionalista y socialista, Nació casi simultáneamente en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas y en la Alemania nacionalista. No tiene ello nada de particular porque el nacionalismo conduce fatalmente al socialismo y éste al nacionalismo. Prácticamente, todo régimen socialista ha de ser nacionalista y viceversa: se trata simplemente del **totalitarismo**. No se puede hacer una política económica nacionalista sin tener el control de la producción y la distribución, y esto es el socialismo. Por otra parte, no se puede tener el control de la producción y distribución sin hacer fatalmente una política nacionalista. En ambos casos no hay más que un productor y distribuidor que es el Estado. A veces, como en la Alemania de Hitler y en la Italia de Mussolini, se conserva la apariencia de una economía de libre iniciativa, que no es tal, porque el productor y el distribuidor no hacen otra cosa que obedecer las normas estatales. Un industrial alemán decía, en tiempo de Hitler, lo siguiente: «La diferencia entre Rusia y Alemania consiste en que en Rusia el productor es un funcionario que no tiene ganancias ni pérdidas, mientras que en Alemania es un funcionario que sólo tiene pérdidas».

CONTROL DE CAMBIOS

Los dirigistas, que se indignan cuando se les tacha de nacionalistas y de socialistas y se creen los salvadores de la economía libre en crisis, reconocen, como lo hace el citado profesor Lewis, la superioridad del intercambio mundial basado en la libre iniciativa individual, pero propugnan, sin embargo, la intervención del gobierno porque no se han podido librar del mito de la **Volkswirtschaft**. La economía internacional libre es la mejor, dice Lewis, pero «hay que reforzarla» mediante la intervención del gobierno a fin de **mantener el equilibrio de la balanza de pagos**. Y ¿qué hace o puede hacer el Estado para mantener este equilibrio?

No es posible, dice el mismo Lewis, lograr el equilibrio restringiendo la importación. «Los ingresos nacionales no pueden aumentar evitando importaciones, ya que ello sólo ocasionará que los recursos se devíen a la producción de artículos de consumo interior, retirándolos así de los más provechosos mercados de exportación. La ocupación interior no puede tampoco incrementarse reduciendo las importaciones, porque esto reducirá las exportaciones en la misma medida». Su fórmula está, como en todos los planeadores, no en restringir ni ampliar el comercio internacional como un todo, sino en desviarlo facilitando o dificultando ciertas importaciones y exportaciones a fin de que soporte las modificaciones ortopédicas impuestas por las conveniencias políticas o ideológicas. El medio para ello es el control de cambios que ofrece muchas variantes, pero que en esencia consiste en que el Estado cobra y paga las exportaciones e importaciones por cuenta de los interesados en

moneda buena y estable (oro o dólares), pero paga al exportador o cobra del importador una cantidad arbitraria en moneda nacional.

En definitiva, las importaciones son pagadas con el producto de las exportaciones y las primeras sólo alcanzan hasta donde lo permiten las segundas, exactamente igual que en la economía libre. La diferencia con ella consiste simplemente en que ni el importador ni el exportador son libres en sus negocios ni tampoco cada una percibe o paga el precio del mercado internacional, sino un precio arbitrario que implica una injusta y discriminatoria distribución, y además está gravado con los gastos de la intervención estatal. No se consigue, pues, con este sistema intervencionista, ni una más justa distribución, ni una mayor movilidad de mercancías y trabajo, ni tampoco incrementar el comercio internacional. Lo que se consigue es una intervención estatal innecesaria, cara, arbitrariamente discriminatoria y altamente lesiva para la libertad individual. (Afortunadamente, en México se ha desechado la idea de implantar el control de cambios).

PLANISMO Y COMUNISMO

De esta breve exposición de los principios dirigistas se desprenden claramente dos conclusiones: 1a. No evitan ninguna de las «debilidades de la economía libre». 2a. Producen, en cambio, males nuevos a saber: la escasez, la carestía y la supresión de la libertad individual. Sin embargo, como último reducto, se intenta aplicarlos a los llamados **países atrasados**.

Así, Earl Parker Hanson, el gran explorador (New World's Emerging) cree en la economía de libre empresa, pero aconseja, sin embargo, la planificación en los países atrasados para acelerar su progreso sin esperar su desarrollo normal, como lo produciría la iniciativa individual.

Es interesante, en este respecto, la opinión del planificador Lewis, en su tantas veces citado librito, en el que hay un apéndice especialmente dedicado a esta cuestión. Dice así: «...la planeación necesita un gobierno fuerte, competente y honesto... Ahora bien: un gobierno fuerte, competente y honesto es justamente lo que ningún país atrasado posee y, a falta de tal gobierno, es preferible a menudo que los gobiernos sean partidarios del **laissez faire** a que traten de planear... Pero la dificultad con que tropiezan estos gobiernos es que no pueden desarrollar sus propios servicios, a menos que puedan hallar el dinero para pagarlos y no pueden recibir todo el dinero que necesitan porque la gente es demasiado pobre... Si los gobiernos de los países poco desarrollados tratan de financiar sus inversiones creando dinero, lo que conseguirán será una inflación... No puede prescindirse del capital extranjero, incluso si el gobierno desea fundar y dirigir la industria por sí mismo. La maquinaria debe venir de fuera... Los países atrasados son demasiado pobres para que puedan proporcionar mucho capital simplemente suprimiendo lujo».

«Si quieren industrializarse sustancialmente, tienen que reducir severamente los artículos de consumo necesario o de otro modo recurrir a los empréstitos exteriores. Un dictador despiadado puede reducir el consumo en la medida deseada; pero una democracia tendrá que confiar sobre todo en el capital extranjero».

Y termina así: «Como puede verse, la planeación impone en los países atrasados tareas mucho más considerables a los gobiernos que en los países adelantados... Si la población está de su parte y es nacionalista, consciente de su atraso y tiene deseos de progresar, de buena gana soportará grandes privaciones y tolerará muchos errores. . .». El entusiasmo popular es el gran lubricante de la planeación... y podemos comprender que en la década de 1930-1940, Rusia se jactara y hoy se jacte Yugoslavia de haber despertado este entusiasmo dinámico».

Y ¿para qué seguir? ¿No dice con razón Hayek en su **Camino de servidumbre**, que el dirigismo económico deriva necesariamente hacia el comunismo?

El dirigismo es, pues, absolutamente insostenible teóricamente; pero, además, no obstante el gran predicamento que aún conserva, sobre todo en los países económicamente menos importantes (mientras que los que lo crearon, como Alemania, Inglaterra, Francia y Estados Unidos se van apartando de él) su quiebra material no puede hacerse esperar. Como dice acertadamente el profesor Von Mises en su notable libro **Human Action**, «los gobiernos dirigistas están dando prosperidad a cambio de liquidar todas sus reservas. Cuando éstas se acaben ha de venir la gran catástrofe si los pueblos no abren los ojos antes de caer en el precipicio».